

Michelle Bachelet y los vientos de cambio en Chile

Juan Jacobo Velasco¹

Resumen

Los vientos de cambio observados en Chile tienen que ver con una percepción ciudadana activada gracias, por un lado, a la buena administración del presidente Ricardo Lagos, la caída de la imagen de Pinochet y el surgimiento de una figura como Michelle Bachelet, que encarna en sí misma los cambios sociales activados en los últimos años. Sin embargo, las expectativas que se levantan en torno a Bachelet son muchas y quizás serán muy difíciles de manejar. De cómo lidie con ellas, dependerá el éxito de su gestión.

Abstract

The winds of change observed in Chile have to do with a citizen perception activated thanks, by a side, to the good administration of president Ricardo Lagos, the fall of the image of Pinochet and the sprouting of a figure like Michelle Bachelet, that incarnates in herself the social changes activated in last years. Nevertheless, the expectations that rise around Bachelet are many and perhaps they will be very difficult to handle. Of how she fights with them, it will depend the success of her administration.

Palabras claves: Bachelet, cambio, Chile, Lagos, democracia, expectativas, política

Key words: Bachelet, change, Chile, Lagos, democracy, expectations, politics

¹ El autor es Miembro Asociado en el Extranjero del CAEI. Magíster en economía de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Candidato a Magíster en Ciencias Políticas de la Universidad de Chile

Que una mujer como Michelle Bachelet sea la primera presidenta democráticamente elegida en Sudamérica es un signo de nuestros tiempos trimilenarios. Si a eso se añade que su elección haya acontecido en un país liberal en lo económico, de talante conservador en sus costumbres y con una agenda clara y estructurada para avanzar hacia el objetivo del desarrollo social primermundista, el signo florece como un poema escrito en esa región pedregosa y boscosa de mar, entre Isla Negra y San Antonio, por las manos nervosas de Neruda, Huidobro o Parra. "Antipoetamente", las mujeres en Chile quieren "enmujerar" el Gobierno y "matriar" la patria.

Estos cambios invocados y atribuidos a la señora Bachelet se han suscitado de manera casi tan vertiginosa como los que se le imputan a la clase política tras el ocaso de Pinochet. Las vendas de la realidad de la dictadura cayeron y los tabúes temáticos, como el de una mujer al mando de la Moneda, también. A la vez que se desmoronaba lo que se suponía era el legado histórico de Pinochet, gracias al cúmulo de juicios que lo empapelaron a su regreso de Londres y del descubrimiento de las cuentas en el banco Riggs, emergía un referente (Bachelet) que, en lugar del antagonismo, invocaba en sí misma una reconciliación tácita, hecha a pulso desde una visión de Estado que es capaz de sanar las heridas vividas tras la represión sufrida en carne propia.

Esa es la única lectura que se le puede dar a su paso como ministra de Defensa, una cartera que la catapultó exponencialmente en las preferencias del inconsciente colectivo: una mujer común y corriente en el trato y la cotidianidad, pero con un pasado extraordinario, daba muestras de su honestidad por querer construir un Chile más justo y hermanado. Las imágenes de la ex ministra subida en los tanques durante las inundaciones de 2002, apoyando a las víctimas, no surgían de una postura demagógica (hasta ese momento nadie ni siquiera soñaba con ver a Bachelet como una precandidata), sino de una convicción más allá de las formas.

Su ascenso fue allanado por el factor sorpresa y por una conjunción de elementos que hablan de los cambios embalsados en el subsuelo social. A pesar del conservadurismo, Chile es cada vez más liberal en lo valórico, y mucho de ello tiene que ver con la mayor participación de las mujeres en la vida pública y en el mundo laboral. El espacio para el arribo de las mujeres al mundo laboral y, por ende, al mundo público tradicionalmente atribuido a los hombres, es enorme y se está llenando rápidamente. Por otro lado, el modelo de crecimiento no puede continuar su paso de manera sostenible si la exclusión social y la desigualdad se amplían. Si bien parte de las anclas

sociales comenzaron a construirse en los gobiernos de la Concertación y de manera más arriesgada en el mandato de Lagos, la sociedad siente que no es suficiente y que los esfuerzos pueden profundizarse de la mano de una mujer que la representa en su esencia.

Lagos y la administración de los cambios

Que la derecha en Chile hable de la tremenda desigualdad estructural del país y que se abandere de los cambios e iniciativas propuestas para reducir las brechas de ingresos y oportunidades de cara a convertir al país austral en una economía desarrollada en 2020, es quizás el ejemplo más palpable de los cambios dramáticos que ha experimentado esta nación.

Más que acusársele de oportunismo a los partidos que han defendido al legado económico e institucional de la dictadura y las políticas de 'chorreo', esta suerte de reconocimiento de la injusticia social inmanente (Chile es uno de los países con peor distribución del ingreso en el continente) al crecimiento económico sostenido durante dos décadas, deja expuestas las limitaciones del modelo. El país se volvió próspero a pesar de las turbulencias que vivió en ese período su entorno (Argentina, Brasil, Perú), porque privilegió las soluciones de mercado, la apertura económica y la competencia, haciendo más ricos a quienes eran los dueños de los factores de producción y menos pobres a los asalariados. De hecho, en el país convive el éxito de la reducción de la pobreza del 40% en 1990 al 18% en 2003, con una pésima distribución del ingreso, pues la riqueza creció exponencialmente entre los estratos socioeconómicos más altos.

Muerta la imagen de Pinochet y quedando tan expuesta la herida de la desigualdad, la mira de la sociedad se ha centrado en la reducción de las brechas a través de políticas de largo aliento que permitan a todos contar con más herramientas y opciones, en lo que se entiende es una etapa ulterior del proceso de democratización. Las transformaciones experimentadas en el sistema de salud (el plan Auge da cobertura a toda la ciudadanía en 57 patologías), educación (extensión de la jornada escolar y mejoramiento del currículo, con más horas de inglés e Internet en todas las escuelas) y justicia (con una reforma procesal penal que volvió más transparentes y expeditos los juicios) responden a esa necesidad de un ancla social que brinde a todos parte de los beneficios del proceso de internacionalización comercial que se ha perfeccionado en democracia.

Lo que se observa en Chile es una concertación social. Hoy se celebra lo bien que le va a la economía, porque todos (derechas e izquierdas) han contribuido a que el modelo se desarrolle continuamente. No es menor el hecho de que el presidente Lagos, un socialista, sea vitoreado por quienes antes criticaban que el ala de izquierda de la coalición de gobierno llegara al poder. A su vez, existe un reconocimiento de las falencias del modelo y del impacto que estas tendrán a futuro, considerando que la desigualdad genera inestabilidad social que posteriormente atentará contra el crecimiento económico. Estas razones son las que acercaron el discurso de los diferentes candidatos presidenciales, que, en sus propuestas medulares, tenían más puntos en común que contrastes.

Claro que, en este camino, la figura de Ricardo Lagos tiene un papel preponderante. Luego de seis años de un gobierno exitoso y, para muchos, fundacional, dejó el poder con un apoyo del 70%, en un hecho tremendamente llamativo en el contexto latinoamericano caracterizado por la desafección a los primeros mandatarios al final de sus periodos. Empero, su paso al espacio ciudadano fue muy distinto del que dio cuando cruzó el portal del palacio de la Moneda en marzo de 2000. Entonces, Lagos había triunfado con una distancia mínima, víctima de la difícil situación tras la crisis asiática, que en 1999 contrajo la economía en 1% y elevó el desempleo por encima del 10%. El inconsciente colectivo chileno apuntaba a la alta posibilidad de que, al final del periodo de Lagos, la derecha iba a vencer si la coalición de centroizquierda -en el gobierno desde 1990- permanecía inmovilizada.

Las complicaciones aumentaron en tanto las reformas al sistema de salud enfrentaron una gran oposición, y un fraude a la Corporación de Fomento y los malos manejos en el ministerio de OOPP (que afectaban indirectamente a Lagos, ex ministro del ramo) daban la impresión de que la coalición gobernante había sido afectada por el virus de la corrupción. A fines de 2002, la derecha tenía un aire triunfalista (había sido la gran ganadora de las elecciones de diputados) y por eso tuvo el gesto magnánimo de avanzar con las reformas del Estado impulsadas por Lagos, sintiendo que le serían útiles en la alternancia.

La situación, por el contrario, insufló bríos al presidente, quien empezó a darle un giro de timón a su mandato, aupado por la regularización del crecimiento económico tras cuatro años de 'vacas flacas' y el continuo aumento de los precios del cobre. Ello

supuso la disponibilidad de recursos para terminar la reforma a la salud y a la justicia y el entorno propicio para finalizar los acuerdos comerciales con la UE y EEUU. En lo político, tuvo el acierto de no alinearse con Bush en su guerra contra Iraq, el haberse mostrado firme en el vínculo institucional con sus vecinos, especialmente con Bolivia, y haber contribuido a finalizar la transición democrática con la reparación a las víctimas de la dictadura y los cambios a la Constitución de 1980. Lo que más influyó para que, al final de su mandato, reciba un apoyo ciudadano transversal tiene que ver con un manejo ordenado de las finanzas públicas, de las expectativas (malas al comienzo, muy buenas al final) y un convencimiento de que el manejo del Estado debe mirar al futuro, atendiendo al presente y reparando el pasado.

La chica superpoderosa

Nadie pudo prever que a su llegada al Palacio de La Moneda como ministra de salud, Michelle Bachelet Jeria iba, años después, a convertirse en la más segura sucesora del presidente Ricardo Lagos. Su inexperiencia en la alta política, su perfil técnico, la ausencia de una exposición mediática que allanara su llegada, la mostraban tal cual era: una funcionaria a quien Lagos le confiaba la difícil tarea de empezar la reforma al sistema de Salud, el programa social más ambicioso del tercer gobierno de la Concertación.

Pero Bachelet no era una ministra más. Era, nada menos, que la hija de Alberto Bachelet, un general que murió por las golpizas recibidas de sus compañeros de armas mientras guardaba prisión tras oponerse al golpe de 1973. También fue detenida y posteriormente exiliada en la RDA. Desde el exilio y la oposición en su país, fue una de tantos chilenos que luchó por la vuelta a la democracia en 1990. A ello se suma un currículo destacado como médica y como especialista en temas de defensa, ámbito en el que incursionó por su interés en colaborar desde el ámbito civil en la crucial reconfiguración de la institución a la que su padre sirvió. Esto llevó a Lagos a dar una señal fuerte de que en su gobierno la transición se cerraría, nombrando, luego de su paso en salud, a Bachelet como ministra de defensa, lo que fue considerado un hito en las relaciones cívico-militares en democracia.

Dada su historia, Michelle Bachelet se convirtió en una de las figuras públicas preferidas de los medios de comunicación. El acercamiento mediático mostró a un ser

con un gran carisma y empatía, que bajo cualquier circunstancia mantenía su naturalidad. Esto sedujo a la opinión pública, que inmediatamente la situó entre los personajes más confiables. Su popularidad la fue imponiendo, a pesar de que, en principio, no era bien vista por las élites políticas, al punto que se convirtió en la abanderada presidencial de la izquierda de la coalición de gobierno, y, posteriormente, del conglomerado, apeando a la otra precandidata demócrata cristiana, Soledad Alvear.

A pesar de sus fortalezas personales y el alto apoyo popular, para muchos Michelle Bachelet era percibida como una incógnita. Nunca había ganado un puesto de representación vía elecciones. Su estrategia era no confrontacional y siguió cultivando un bajo perfil, lo que la aislaba del debate de contingencia. Por eso, señalaban sus detractores, se desconocía el alcance de sus reacciones en el ámbito de la toma de decisiones. Incluso, la tildaban de 'fruto de los medios' y, por eso mismo, apelaban a que en algún momento su candidatura se desinflaría. Sin embargo, haciendo gala de su mote 'chica superpoderosa', Bachelet se mantuvo al tope de las preferencias electorales, doblando a sus opositores.

Unas elecciones reñidas

Más de una sorpresa y un sinnúmero de incertidumbres despertó el resultado de la primera vuelta electoral en Chile. Michelle Bachelet alcanzó un 45,45% de la votación, mientras que la oposición, liderada por el empresario Sebastián Piñera, de la derecha más liberal (RN), con 25,41%, y Joaquín Lavín, de la derecha más conservadora (UDI) con 23,22%. La carrera por la jefatura del Palacio de la Moneda estuvo mucho más abierta de lo que se podría esperar tras un resultado que dejaba a Michelle Bachelet apenas a cuatro puntos de alcanzar la mayoría en primera vuelta. La ex ministra se había convertido en una fuerza descomunal por la forma en que se erigió en la candidata oficialista, pasando por encima de figuras de peso dentro de la Concertación. La fórmula del éxito de Bachelet tenía que ver con la legitimidad que le brindaba un apoyo ciudadano que se sentía identificado con ella. Su imagen como una persona empática la fue encaramando consistentemente en las preferencias para ganar con más del 50% en la primera vuelta durante casi todo el año 2005.

Parte del éxito de Bachelet se debió al bajo perfil que le permitió mantenerse al margen de la confrontación. Su 'presidenciabilidad' le empezó a pasar la cuenta en la

medida en que Piñera le fue ganando la pulsada a Lavín, que los partidos de gobierno se regodearon pensando que la elección en primera vuelta era segura y que su candidatura comenzó a hacer agua cuando la exposición temática en los debates y los foros dejó la sensación de una debilidad discursiva. Además, la competencia de los últimos meses la forzó a salir al ruedo y, por lo general, no terminó en buen pie. Por su parte, Piñera tuvo un espectacular ascenso, pasando del 7% al 25% gracias a un movimiento estratégico que dio resultado: recordar que él era en esencia un DC, como su padre (que fue fundador del partido), y que representaba a la clase media que había surgido gracias al modelo chileno. Eso le brindaba una imagen de 'producto del modelo de los noventa': exitoso en lo económico, pero con credenciales democráticas que lo desmarcaban de la dictadura.

La tibieza de Bachelet y lo bullante de la campaña de Piñera evidenciaron su carácter (des)asertivo cuando las encuestas de noviembre señalaban que habría segunda vuelta y que la derecha sumada sacaría más votación que la Concertación, cosa que ocurrió el día de la elección. El resultado dejaba un escenario incómodo para Bachelet porque quedaba instalada la percepción de que su candidatura se había debilitado, a pesar del buen entorno económico y la popularidad del presidente Lagos, y que Piñera estaba en alza.

Empero, seguía siendo la candidata más opcionada. La votación de la izquierda fuera de gobierno (5%) con mucha probabilidad se le sumaría en segunda vuelta y el engranaje de la Concertación, que tiende a funcionar monolíticamente en el balotaje, iba a acoplarse tras su candidata tal como se evidenció en la elección de 1999 con la estrecha victoria de Lagos. A ello se añadía la dificultad para que opere un traspaso automático de votos de Lavín para Piñera. Por ello se entiende que este último haya nombrado a Lavín como su 'generalísimo'. El éxito en segunda vuelta, por tanto, dependía de las estrategias de Piñera y Bachelet para asegurar su base política y para acaparar los valiosos votos del centro, que eventualmente podrían movilizarse hacia cualquiera de los dos candidatos.

Todos estos vaticinios se concretaron en la segunda vuelta, en especial cuando, a pesar de los tropiezos iniciales, los partidos de la Concertación comenzaron a funcionar ordenadamente al alero de sus figuras más descollantes. A eso se sumó el choque de personalidades que supuso el único debate televisivo entre los dos candidatos al balotaje. La percepción de que Sebastián Piñera, un empresario exitoso y reconocido

por su inteligencia y capacidad de improvisación, exageró los énfasis de sus intervenciones con una visión academicista de los problemas y una actitud inusualmente agresiva, contrastó con una Michelle Bachelet relajada y mucho más empática con la masa electoral. Este contraste, para muchos analistas, habría allanado definitivamente el camino de Bachelet al Palacio de la Moneda, debido a que, en lo fundamental, las dos candidaturas presentaban las mismas propuestas en los temas importantes como empleo, salud y educación. Bachelet estuvo más cercana al mundo popular, porque en lugar de querer responder todo, partía de la base de su capacidad de escuchar y de convocar. Esa percepción se reflejó el 15 de enero, fecha de la segunda vuelta, cuando Bachelet le sacó 7 puntos de diferencia a Piñera, para convertirse en la primera presidenta electa democráticamente, no solo de Chile, sino de toda Sudamérica.

Los desafíos para Bachelet

El gobierno de Michelle Bachelet, además de cambios (reales e inconscientes), trae tras de sí enormes desafíos. Diera la impresión de que los llamados a la renovación de los cuadros, a un gobierno ciudadano y a una forma de concebir el liderazgo más empático y sensible –que generaron un plus decisivo para darle el triunfo a una coalición con 16 años en el poder- son una cuenta difícil de saldar. La presidenta electa ha caminado de la mano con una imagen, y las expectativas generadas por esa imagen, que son el secreto de su éxito electoral y de la presión que sentirá desde el primer día en La Moneda: mujer, hija de un militar asesinado en dictadura, exiliada, separada con tres hijos y los hitos de ser la primera ministra de Defensa y la primera presidenta de un país que, al final de su mandato, cuando se cumplan 200 años de vida republicana, debiera estar tocando las puertas del “segundo mundo”. La figura de Bachelet es muy atractiva porque contiene en sí misma las paradojas de los cambios sociales e históricos por los que ha atravesado Chile en los últimos decenios. De ahí la adscripción. Pero tiene el “deber” de llenar de sentido político y, sobre todo, con éxito, la apuesta que el país hace con ella. Ahí está la daga que pende de su cuello.

Bachelet representa para muchos un “desafío de cambio”, que proviene de la necesidad de darle un aire renovado a una coalición que ha gobernado Chile desde la vuelta a la democracia en 1990, sin perder el espíritu de transformación que implicó, primero, la conformación de una oposición democrática a la dictadura de Pinochet, y,

luego, una fórmula que garantizó la continuidad del proceso de democratización, la gobernabilidad y el éxito en la gestión. Sin embargo, el país se ha transformado rápidamente en dos décadas. Bachelet es una prueba de la irrupción de las mujeres en el mundo laboral y público. Por ello, las mujeres apoyaron más, por primera vez en la historia, a un candidato presidencial de centroizquierda en detrimento de la derecha. La razón: a pesar de que Chile cuenta con una de las más bajas tasas de participación laboral femenina del continente (39%), el crecimiento de dicha participación es acelerado si se lo compara con la tasa de 1990 (31%).

Este proceso tiene muchas aristas y Bachelet tendrá que lidiar con ellas. La mayor participación laboral de las mujeres va de la mano con una 'feminización' educativa: hay más mujeres que hombres en las universidades y, en promedio, estudian dos años más. Pero estas potenciales trabajadoras tienen problemas para insertarse en el mundo laboral y recibir un trato paritario en salarios. La irrupción de las mujeres ha generado una necesidad que ha crecido exponencialmente: disponer de buenos sistemas de guarderías. Luego de 15 años de políticas continuas y del incremento de recursos en educación, la ciudadanía percibe una mala conducción en este campo porque las evaluaciones no son satisfactorias. Bachelet quiere solucionar el problema reforzando el sistema de guarderías y mejorando su calidad. Finalmente, la irrupción de las mujeres al mercado laboral se ha dado más en la informalidad o en empleos formales más flexibles. Este proceso ha generado graves fisuras en el sistema previsional privado, porque la tasa de no pago ha aumentado, generando expectativas de menores jubilaciones, particularmente para las mujeres: 50% de ellas recibiría, desde 2020, un salario mínimo. El desafío de Bachelet será mejorar el nivel de aporte y ampliar la cobertura a segmentos más vulnerables, como el de las amas de casa.

La tarea de llenar las expectativas no será fácil. El discurso ciudadano es muy potente electoralmente pero una masa fusiforme a la hora de darle vida. Nadie puede definir en Chile cómo hacer un gobierno ciudadano cuando la tónica ha sido gobernar con y a través de los partidos que conforman la Concertación. Separarse de ellos será un proceso doloroso, quizás imposible, si el divorcio se suscita violentamente. Por otra parte, la oposición tomó nota de que si quiere tener una opción de ser gobierno debe endurecer su relación con el Ejecutivo, para evitar un éxito tan rotundo como el que, tras el colaboracionismo opositor, cosechó la administración saliente. Finalmente, Bachelet tendrá la sombra de Lagos. Vivirá con esa vara tan alta dejada por un

estadista que, a diferencia de sus predecesores, cedió el poder con altísimos niveles de popularidad y un puesto en la historia ganado a pulso y con creces.

Empero, la presidenta ha movido bien sus fichas. Cumplió su promesa de renovar totalmente a los cuadros, insuflando de juventud y paridad de género a su gobierno. Además, dio órdenes para el cumplimiento de metas para los 100 primeros días. De que la renovación sea real y exitosa, o simplemente cosmética, dependerá la difícil tarea de llenar y manejar unas expectativas enormes.

Bibliografía

Arenas, Alberto y Gana, Pamela, 2003. "Protección social, pensiones y género en Chile". En "Protección social, pensiones y género", Bertranou, Fabio y Arenas, Alberto, editores. OIT Chile. Santiago de Chile.

Garretón, Manuel, 2000. "La Sociedad en que vivi(remos), Introducción sociológica al Cambio de Siglo". Editorial Lom. Santiago de Chile.

Navia, Patricio, 2004. "Las grandes alamedas". El Chile post Pinochet. La Tercera-Mondadori. Santiago de Chile.

Tironi, Eugenio, 2002. "El cambio está aquí". La Tercera-Mondadori. Santiago de Chile.